des yerros, Vidaurri era un hombre extraordinario y á quien Nuevo León debe mucho. Nadie más progresista y enérgico. Amaba á la ciudad—á Monterrey—con cariño entrañable y profundo, casi con pasión; y esta fué, precisamente, la causa de sus traspiés y desgracias.

Primero, renunció á Coahuila para hacerse nuevoleonés; y una vez nuevoleonés, por una especie de transacción con su conciencia alterada, hizo á su Estado natal tributario del de adopción, formando una sola entidad política de Nuevo León y Coahuila, con supremo desprecio de los dictámenes federales.—Este sistema de acarrear la tierra natal al nuevo domicilio, no es nuevo; el franco-italiano Napoleón lo puso en práctica y los Emperadores españoles de Roma hicieron menos que Virriato por la madre patria, y aun menos que Augusto, á quien debieron al menos el derecho de ciudadanía, que era la etapa más próxima á la independencia.

Como nuevoleones mondo y lirondo, sin distingos de ninguna especie, Vidaurri principió acostumbrándose á no tomar del Centro más que la literatura, esto es, los impresos que "le sonaban bien" y se hallaban en diapasón con lo que había en su espíritu, mal cultivado, pero admirablemente dispuesto á recibir con entusiasmo las ideas nuevas, progresistas, siempre que no trajeran aparejada la presunción de atacar su cáscara de provinciano: de provinciano localista, localista intransigente, y para quien el "mundo bueno," digno de ser visto y gozado, se acababa más allá del Cerro de las Mitras, siendo apenas pasadero el resto del gran Estado, sujeto á su autoridad omnímoda.

Como buen cacique, amaba sobremanera la quietud interior, la paz octaviana, y por conservarla y ver que Monterrey progresaba, que bajo su dominio, escuelas, colegios, parques, atargeas, palacios, mercados y hasta iglesias brotaban al influjo de su sombra bienhechora, lo hubiera sacrificado todo. Hallábase altamente satisfecho de ver el comercio progresando, despuntando las industrias y fortificándose su poder; muy envanecido del sincero y profundo afecto que los nuevoleoneses, de todas las categorías sociales.

le profesaban, hasta sin distinción de credo político-los conservadores perdonándole sus alardes liberales y los liberales su tolerancia (¿como se dice ahora...?) su "política de conciliación". + No es, pues, de extrañarse, que hubiera llegado á desmejicanizarse, en proporción directa á su nuevoleonizacion. Había llegado, si no á desesperar, al menos á despreocuparse por lo que en otras regiones apartadas de la República acontecía, y obsecionado con la idea de ser nuevoleonés, nada más nuevoleonés, y, sobre todo, dueno de Nuevo León (con su apéndice de creación propia), se declaró enemigo (solapado al principio y abierto más tarde), de los que amenazaban perturbar la calma de sus felices dominios. Por eso los exaltados, como Zaragoza, (*) Zuazua, Escobedo y Treviño, habíanse visto precisados á emigrar en busca de mejor campo, más accidentado, menos pacífico. En resumen, D. Santiago no reconocía más que una guerra á muerte, la que se hacía al enemigo bárbaro. Por lo que mira á la extranjera, profesaba la máxima de aquel caudillo heleno que dijo un día á los atenienses desde la tribuna, cuando le instaban para que diera su parecer so-

Es bien sabido que D. Ignacio Zaragoza fué tejano de nacimiento, pero su fâmilia se trasladó de Naucododges á Monterrey, cuando aun Coahuila y Tejas pertenecían á Méjico. Recibió la instrucción primaria en Monterrey, y se dedicó luego al comercio, entrando de dependiente en la casa de D. Felipe Sepúlveda, donde se captó el afecto de todos, hasta del jefe de la casa, á pesar de su temperamento vilioso y carácter insoportable. El joven Zaragoza tenía tanta paciencia como firmeza de ánimo, cualidades que casi siempre caminan juntas. Tras un viaje comercial á Lampazos, resolvió abandonar el tráfico y consagrarse al servicio de la patria, con gran disgusto de su patron, quien ya para entonces le consagraba verdadero cariño.

Ya que en este libro no volveremos, quizás, á citar el nombre de Zaragoza, séanos permitida una nota etimológica.---No sabemos que á alguien se le haya ocurrido, en Méjico, investigar el origen del nombre Zaragoza. Recordamos que hace algunos años, siendo entonces empleado el autor de la Biblioteca Nacional de Mejico, el sapientísimo Director D. José María Vigil---ese hombre extraordinario por su profundísimo saber, el cual apenas si puede equipararse á su modestia exageradísima, y á quien en el Extranjero se aprecia mil veces más que en su misma patria, á quien honra y enaltece y sirve con sus luces---nos encomendó un trabajo, ó nota bibliográfica, acerca de la Espana Saragada, del Padre Mazo, continuada por el célebre agustino Enrique Florez. En la Historia Compostelana, contenida en esta obra, se dice que la capital del antiguo reino de León, tomó su nombre de Cesar Augusta, antigua ciudad romana, el cual nombre transformóse en Saragosta, al través de las diversas ocupaciones posteriores, hasta ser convertido en Zaragoza por el genio ó mecanismo del habla castellana.

bre la manera con que debería contestarse á las exigencias de Alejandro Magno: "os aconsejo, pues, ó que os hagais los más fuertes en el terreno de las armas, ó que os hagais amigos de los más fuertes." Y profesando máxima semejante, en aquel momento histórico de desbarajuste para la causa nacional, cuando á la noticia de la derrota de Negrete y la muerte subsecuente de Comonfort, habían sucedido las relativas á la ocupación sucesiva de Querétaro, San Luis Potosí, y Guanajuato por las fuerzas imperialistas. cuando aun los fuertes vacilaban ¿podría contarse con la lealtad de Vidaurri, dada, sobre todo, su inveterada inquina á las rosas del Centro y su enemiga suspicaz contra Juárez? Digámoslo de una vez, D. Santiago era el hombre menos á propósito para aquilatar la grandeza del Presidente liberal, su criterio era demasiado estrecho para justipreciar la alcurnia de aquellos sublimes vagabundos. En el fondo de los grandes errores hay siempre un vicio de conformación: la miopía moral.

En virtud de todo lo expuesto se comprende que Juárez—para quien las rebeldías del cacique eran material de antaño—no haya podido forjarse ilusiones respecto á su tranquila estancia en Nuevo León ó Coahuila; á menos que aquél y su prestigio desaparecieran por completo.

Su marcha, pues, de San Luis Potosí, hacia el Norte, se hallaba sembrada de obstáculos, peligros, amenazas de todo género. No sería, á buen seguro, un paseo triunfal, ni cosa parecida, sino la entrada á la VIA DOLOROSA.

En Diciembre de 1863, Juárez y el personal todo de su Gobierno, abandonan San Luis Potosí, dejando esta ciudad mal defendida por las fuerzas del General Negrete.

Ya digimos que ni el Presidente, ni los miembros de su Gabinete, pudieron forjarse ilusiones respecto á permanecer largo tiempo en la capital de San Luis Potosí, ó en población alguna de ese Estado. A más de las consideraciones políticas y sociales que esbozamos antes, adolecía de la inconveniencia de ser, merced á su posición geográfica, un lugar de tránsito para el norte y nordeste, y por lo mismo se hallaba constantemente amenazada por los ejer-

citos enemigos. Además, debido á sus deficiencias estratégicas era muy difícil de conservar por largo tiempo, conforme lo demostraba la experiencia de medio siglo de guerras y revoluciones. Por consiguiente, la estancia del gobierno republicano en la ciudad que nos ocupa, por fuerza tenía que ser aleatoria.

En Diciembre (1863) hallábase va Juárez en su gran peregrinación: había llegado á MATEHUALA.—Medio siglo, y tres años más, habían transcurrido, desde que en Diciembre de 1810, el insigne Teniente General José Mariano Jiménez, desde la misma Matehuala lanzaba el grito de Libertad é Independencia á las oprimidas poblaciones de las provincias septentrionales del Virreinato. Pero al grito aquél:-"levantaos, almas nobles, del profundo abatimiento en que habeis permanecido sepultadas, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro invicto valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan"—pero estas hermosas palabras, decíamos, fueron escuchadas religiosamente por nuestros abuelos, y á la lucha se aprestaron con valor indómito, haciendo de aquella región áspera, cruel para el soldado, sembrada de desiertos y montañas, el paraíso de la Libertad. Por eso ellos fueron independientes, meses antes que el resto de la Nación, y mucho antes principiaron á gozar de las beatitudes de la independencia. Mas. para Juárez fué distinto.....

Vidaurri había tenido un genio tutelar en el valiente coronel Zuazúa, á quien debió en gran parte su carrera. El heroismo con que éste se dió á conocer desde sus primeros años, verificando actos verdaderamente épicos en su lucha tradicional con el salvaje, la cadena no interrumpida de victorias con que inició su carrera militar, venciendo á cuantos jefes osaron con él medir sus armas y valorar sus recursos estratégicos, el afecto real, y, lo que más vale en estos casos, la admiración rayana en miedo con que políticos y militares fronterizos le veían, su influencia decisiva en las determinaciones del Gobernador, su desinterés magnánimo, su patriotismo puro, exaltado, vehe-

mente, su adhesión fanática al partido liberal—que bien demostrada dejó con brillantes triunfos en la Guerra de Reforma—indudablemente hubieran sido parte, más todavía, resorte poderoso, para salvar á Don Santiago del abismo, de la caída tremenda....... Pero Zuazúa—por defender la causa de Vidaurri—había sido asesinado, en San Gregorio, por Eugenio García, salteador obligado á militar por las exigencias revolucionarias.....

Así es que, una vez llegado al Saltillo el Presidente, se encontró, nó con el Vidaurri á quien Zuazúa protegió, nó con el fronterizo leal, patriota, hospitalario, sincero, sino con un producto híbrido del tiempo aquél: en su temperamento robusto de político ambicioso-aunque de ambición restringida—habíase ya ingerido la yema de la traición, haciendo aparecer en su espíritu actividades que en él no se sospechaba existiesen. "El corazón ignora las semillas extrañas que lleva en sí mismo: quizás á alguno de esos granos, débil é inofensivo de aspecto, sólo le hace falta encontrar aire y alimento, para transformarse en excrecencia venenosa y vegetación colosal."—Ese "grano," de que habla Taine, ya principiaba á germinar en el corazón de Vidaurri, cuando, en la batalla de Ahualulco, por haberle él quitado á Zuazúa subrepticia é inopinadamente el mando en Jefe de las fuerzas, Zaragoza se vió obligado á negarle el auxilio, precipitando la derrota....

Haciendo uso de subterfugios indignos, el Gobernador infidente ocasionó serias molestias á Juárez; pero carecía de la fibra maligna de su subordinado Quiroga. No supo atraerle á un garlito, ni por de pronto mostrarle oposición abierta. Sus vacilaciones, y hasta su rebelión festinada, favorecieron el triunfo moral de la buena causa. Los nuevoleoneses, ya sobre aviso por actos sospechosos de su gobernante, se separaron de él indignados al descubrir que traicionaba la causa nacional. Y así, el plebiscito que conforme á erradas previsiones debió haber puesto á su disposición los recursos todos del Estado—recursos de que á su vez dispondrían los imperialistas para el éxito de sus armas—fué la hora del despertar para los fronterizos.

Ante la explosión del resentimiento de éstos, el traidor emprendió la fuga; esto es, marchóse al Extranjero, de donde después se trasladó á la capital para recoger el precio de su criminal extravío. Vidaurri había perdido su popularidad en Nuevo León; estaba perdido. Su trasplante á la Capital, era llegar á la antesala—¡la antesala de la muerte!

El 4 de Abril de 1864, fechaba el Presidente en Monterrey un manifiesto, en el que vibraban en acorde extraño las notas de la indignación y el patriotismo: "Un hombre, el único, por fortuna, abusando de la posición elevada que ocupaba como gobernador, se declaró en abierta hostilidad contra el Gobierno general, y traicionó la santa causa del pueblo, y vendió á sus hermanos proyectando entregarlos al yugo invasor; pero el pueblo que ha conquistado con la revolución la conciencia de su derecho, el pueblo que tiene fe en los destinos futuros de la República, se levantó en masa para protestar enérgicamente...... El traidor, acompañado de sus pocos cómplices, huve acobardado y perdido, llevando en su corazón la conciencia de su crimen.... El Gobierno, para completar su obra, ha venido á esta capital con el objeto de dictar cuantas medidas juzgue convenientes para reorganizar el Estado, remediar los males que le aquejan, y utilizar en seguida cuantos elementos encierra para la defensa de la nación."

Para quienes recuerden, ó tengan conocimiento de la verdadera situación del Estado en la época á que nos contraemos, no parecerá extraño asentemos que las últimas sentencias del manifiesto pre-inserto, parcialmente, pertenecían á lo que pudiéramos llamar "literatura de guerra." El eximio gobernante no podía pensar que permanecería en Monterrey largo tiempo. La semilla vidaurrista le rodeaba.

Se alojó en una modesta casa situada en la calle del Dr. Mier, que era residencia del gobernador que fué Don Manuel Z. Gómez, y si bien la porción culta de la ciudad le rindió todo homenaje, no acontecía lo mismo con la masa del pueblo. (*) Entre los gritos que pudo escuchar el

Téngase presente que nos referimos à la masa popular en Nuevo Leon, en Monterrey, principalmente, y nó à la "masa popular" en la Frontera, como antes lo hicimos. Presidente al descender de su carruaje, se dejaron oir dos ó tres vivas á Vidaurri, cuyo efecto en el corazón del patriota bien se comprende.

Días después, paseaba el ilustre prócer por la calle antes citada. Vió venir hacia él, caminando en dirección opuesta, á un joven obrero, el cual, á punto de enfrentarle, se apeó de la acera, y habiendo llegado casi al medio de la calle, se volvió al Sr. Juárez, y mirándole hostilmente al rostro, vociferó con audacia increible:

-/ Viva Vidaurri!

Don Benito no se inmutó. Ni un solo pliegue rizó su frente despejada, ni un músculo de su rostro denunció la más insignificante alteración de su espíritu.

Con sin igual calma se quitó el *sorbete*, y con cortesía caballeresca saludó al que lo insultaba.

Este guardó silencio, atónito, por algunos instantes. Luego emprendió la fuga rápido; pero nó sin haber lanzado antes, á pleno pulmón, este otro viva:

-¡Viva Don Benito Juarez!

En otro lugar de esta obra digimos cómo salió, no mucho después, el personal del gobierno de la ciudad que nos ocupa, perseguido por las fuerzas del traidor Coronel Julián Quiroga.

Pasaron dos meses. El Gobierno errabundo—pero fiel á la consigna del deber y á los dictados del honor y la lealtad más acendrada á las instituciones que á la nación costaron torrentes de sangre—se establecía en la ciudad de Chihuahua.

Tarda, ruda, descorazonante había sido la travesía por regiones agrias, desiertas, abruptas, donde el desaliento asalta y la desmoralización contagia. ¡Días eternos los de nuestros desiertos del Norte, que la vista cansan, como el es-

Cosa es bien sabida que en esta región, así como en las costas del Pacífico y del Golfo, no abundaron los infidentes, sino en determinados puntos como en Tepic y Monterrey; y eso, cediendo á influencias locales. Notable ejemplo de esto es Salinas Victoria, cuyos valientes hijos, cegados por fanática adhesión á su caudillo, el tan valiente y astuto cuanto desleal Quiroga, le siguieron siempre al través de todos sus extravíos, áun después de resellarse imperialista.

píritu, ante el panorama monótono de montañas que llegan y parece que se alejan, confundiéndose las de la perspectiva anterior con las de la nueva, la cual insensiblemente también desaparece; y las cálidas noches, silenciosas, de cuyas sombras parecen brotar las montañas agigantadas, en fantástico engendramiento! Quien ha recorrido tan tristes soledades, con los medios antiguos de locomoción, no puede maravillarse de los desfallecimientos que se apoderaron de muchos de los compañeros de aquellos tres hombres excepcionales—Juárez, Iglesias, Lerdo—únicos en no contagiarse con la angustia de lo inmenso, de lo vago, de lo irrealizable, que oprime el corazón en el Desierto. El corazón, sobre todo, de quien se aleja-como los pardos pilotes y brazos montañosos, que van, vienen, se retiran, se acercan, sin saber de donde, sin saber por donde, sin saber á donde conducen ó de donde parten.-¡Hasta el héroe de Calpulálpam y de Puebla, sufrió allí el aniquilamiento moral de la desesperanza!..... Sólo Negrete, entre los militares, poseía el temple extraordinario para bravear el Desierto, acometerlo, cruzarlo en todas direcciones, echarle víctimas á millares, como quien alimenta una fiera de hambre insaciable, y, terminada una campaña, aún podía sentirse con el tesón suficiente para emprender por segunda, por tercera vez, los mismos ejercicios sobrehumanos! Cualquiera que haya sido el éxito de las campañas del General Negrete por el Desierto, nadie negará, con justicia, que denuncian una energía extraordinaria, una tenacidad de acero, estoicismo terrible ante los sufrimientos de la tropa, apego estricto á la disciplina militar, ejercida con puntillosa regularidad aun en condiciones excepcionales; y, por último, un savoir fair en el manejo de sus brigadas, que lo acreditan como uno de nuestros más brillantes generales de su tiempo. Indudablemente, por otra parte, careció de aptitudes para dirigir una campaña.

Antes de llegar á Chihuhua los depositarios de los Supremos Poderes de la Nación, hicieron parada, sucesivamente, en tres pequeñas poblaciones—Viezca, Mapimí y Nazas-donde se les recibió con singulares muestras de patriotismo.

En Chihuahua—la capital del Estado—Juárez y sus Ministros fueron objeto de la recepción más entusiasta, tomando participación en ella todas las clases sociales.—Sin mengua, no obstante, de que tampoco allí hicieran falta infidentes, como pudo comprobarlo el General Brincourt, algunos meses después. La mala hierba habíase propagado por toda la República.

En 29 de Abril de 1865, decía á la Nación el Supremo Magistrado, con motivo de la recuperación efímera de las plazas del Saltillo y Monterrey: "Yo celebro el acontecimiento en el fondo de mi corazón, porque, más que con el espectáculo de la victoria militar, me regocijo con los bienes de una reconciliación de hermanos, que de mancomún superaron el obstáculo que les impedía estrecharse con los vínculos sagrados de la naturaleza."-He allí sentimientos nobles, noblemente expresados. Al través de ellos se transparenta el alma del filósofo, que pospone al brillo militar y la alharaca, el triunfo de los afectos naturales: el triunfo del deber natural, sobre el descarrío ocasionado por el deslumbramiento.—"Sus heroicos esfuerzos (los de los hijos del Estado de Chihuahua), unidos á los de los valientes que combaten, sin desmayar nunca, en Sinaloa, en Sonora, en Guerrero, en México, en Michoacán, en todo el ámbito de la República, acabarán por arrojar al extranjero"..... ¡He allí al hombre de fe inquebrantable! Nótese que eso lo decía Juárez en Abril de 1865, cuando el Imperio había ya triunfado, cuando el cielo de la República no producía aire suficiente para reavivar la esperanza agonizante, cuando en torno suyo todo flaqueaba, como un cuerpo atacado de agotamiento nervioso, cuando, en realidad, su esperanza era fe; fe en lo fortuito, en lo justo, en lo realizable á veces, en lo que no entra al cerebro y que el corazón calienta y el deseo anima. Cuando la razón calla en las almas grandes, la voluntad irreflexiva se forja una, que es la expresión necesaria de lo que tiene que suceder, aunque no haya razón alguna para que suceda. La sinrazón del heroismo, es el gran secreto del brillo de sus actos.

HEROE Y CAUDILLO

-¿Y qué aconteció cuatro meses más tárde?

-Cuatro meses después, Juárez; pero no solo; aquélla trinidad magnífica—Juárez, Iglesias, Lerdo—llegaban á Paso del Norte (5 de Agosto). El Gral. Brincourt ocuparía bien pronto la ciudad abandonada, y espigaría para la corona imperial los primeros brotes, ya túrgidos, de la rama casi seca de reaccionarismo.

Pero, aun allí, en los límites septentrionales, pisando las arenas en las rías del Bravo y divisando frente á sí tierra extranjera, hallábase en la Patria: la "grande patria," la patria inmensa, agrandada con el sentimiento hondísimo de perderla; el cual sentimiento, en Paso del Norte, le arrancaría esta nueva protesta de fidelidad: "En este lugar, como en cualquier otro de la República adonde pueda convenir que se dirija el Gobierno, según las circunstancias, hará siempre el C. Presidente cuanto le sea posible para cumplir sus deberes con firmeza y constancia." Con tanta mayor razon cuanto que él sabia (y lo sabian también Iglesias y Lerdo), "que el pueblo necesariamente habría de triunfar al fin en la defensa de su independencia y de sus instituciones republicanas." ¡Qué hermosa ceguedad la de aquellos videntes, iluminados por el amor á la sagrada tierra de sus mayores!

